

La mansedumbre y la autenticidad **Pbro. Silvio Marinelli Zucalli**

Gál 5, 25: El fruto del Espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio.

San Pablo habla de fruto al singular y no de “frutos”, porque fundamentalmente se trata de una única actitud que se expresa en numerosos comportamientos.

San Pablo en este mismo pasaje de la Escritura contrapone el fruto del Espíritu a las “obras de la carne”. Su razonamiento es sencillo: la persona que actúa por sí sola, sin referencia a Dios produce “obras” pero éstas están marcadas por ser “de la carne”, es decir, por su característica de limitación, de imposibilidad de despegarse de un nivel terrenal; son típicas de la condición humana, decaída y pecadora. Al contrario, el fruto del Espíritu eleva las obras a un nivel espiritual: potencia las actitudes naturales, imprime una dinámica nueva.

Además el término “fruto” nos dice algo maravilloso, casi inesperado. Cuando vemos los árboles en el invierno nos parece imposible que después puedan producir hojas, flores y frutos; por eso se habla tal vez de “milagro de la naturaleza”. Por fin, el fruto habla de maduración desde la flor, al fruto verde, al fruto maduro.

Es la misma dinámica de nuestra vida, cuando la vivimos bajo el influjo del Espíritu: producimos frutos que ni siquiera nosotros podríamos imaginar. La idea de fruto nos habla también de algo gustoso, agradable, nutritivo, refrescante, sabroso y también hermoso a la vista. Pienso que esta imagen fue escogida no por casualidad por San Pablo, para indicar esta nota de afabilidad.

Una caridad “relacional”

Este fruto único, con muchas facetas, como un caleidoscopio, se refiere al mundo de las relaciones interpersonales. Como decir que hay una caridad que se expresa en las relaciones.

Podríamos hacer mucho bien, pero la presencia del Espíritu confiere a nuestro actuar, a nuestro bien, esta nota de placer en las relaciones.

San Pablo habla de amor como cordialidad. Existe una bondad severa, exigente, que deja poco lugar al mundo de los afectos. Aquí se habla de un tipo de amor que se expresa con gestos y palabras caracterizados por cordialidad y benevolencia.

Cristo acoge a todos con cordialidad: gente pobre que sufre, personas marginadas, individuos que han tomado decisiones equivocadas y sienten la urgencia de mirarse hacia adentro, niños, mujeres, extranjeros. También en sus palabras, su actitud debía ser acogedora y benévola: a la gente le gustaba estar con Él, escucharlo y seguirlo.

Muchos pasajes evangélicos hacen transparentarse la sinceridad de las relaciones humanas de Jesús, su simpatía, la delicadeza, ternura y amor con las cuales se acercaba a las personas heridas por la vida. Su comportamiento natural, unido al respeto y calor humano, conquistaba a la gente.

La cordialidad y benevolencia se manifiestan, en nosotros discípulos de Cristo, ante todo en nuestro modo de comunicar. La imagen que brota del versículo de la Carta a los Gálatas es

la de personas “afables” es decir, de personas listas para intercambiar palabras y mensajes. Los contrastes y los conflictos nunca faltan: entenderse y ponerse de acuerdo es siempre difícil; éste casi siempre es el punto de llegada y no de partida.

Hay algunas actitudes y comportamientos que deben caracterizar a los creyentes:

- El disgusto frente a toda forma de discordia (hay quienes encuentran un placer especial en las discordias, en comentarlas, en añadir detalles, en murmurar).
- La capacidad de no obstinarse en las discusiones sobre asuntos marginales o en detalles;
- La moderación de los ímpetus de rabia, de los desahogos no controlados, de las manifestaciones desproporcionadas;
- Una cierta tolerancia del mal del cual somos víctimas y que nos provoca sentimientos de enojo y deseo de venganza;
- La atención para ver los elementos positivos presentes en la personalidad del interlocutor.
- La autenticidad, es decir, la capacidad de manifestarse como uno es, sin disfraces y máscaras.

La mansedumbre, sin embargo, no debe ser confundida con debilidad y con una actitud de rendición. Esta es fuerza, fuerza para resistir frente al mal, a las provocaciones, a las injusticias. Es fuerza para no reaccionar provocando un sufrimiento mayor y una mayor injusticia.

La indignación frente al mal y la injusticia es obligatoria moralmente, pero no puede manifestarse con acciones violentas: “No dejarte vencer por el mal, sino vence el mal con el bien” (Rom 12,21).

Icono de mansedumbre, Cristo nos propone el método: respeto de todos, dominio de las propias emociones y comportamientos, atención a promover los elementos “sanos” de la personalidad del interlocutor, utilización de la razón y apelación a la libertad, autenticidad.